

LAS AGRESIONES A LOS TOREROS

Una carta de Mazzantini

La cruel agresión de que anteaer fué objeto Bombita cuando se le conducía lesionado a la enfermería de la Plaza ha tenido, en parte, su justa sanción. Si no todos los individuos que arrojaron almohadillas al diestro, uno de ellos cayó en manos de la Policía, y el jefe superior de ella, Sr. Fernández Llano, le impuso al detenido 500 pesetas de multa.

De desear es que el mismo implacable rigor siga empleándose hasta lograr que no se repitan nunca casos como el del viernes, que han tenido la execración unánime del público. Luis Mazzantini, el ex rey del volapié, hombre tan cabal y tan noble en la vida como buen torero fué en los círculos teatrales, ha juntado su voz a esa protesta general, en la siguiente pittoresca y simpática carta que dirigí ayer a nuestro compañero Barbadillo: Sr. D. Joaquín López Barbadillo.

Muy señor mío: Soy un antiguo amigo de esa Casa. No le extraño a usted mi franqueza de escribirle sin que tenga el gusto de tratarle personalmente.

Leo con el mayor interés todo cuanto usted escribe... ¿Quiere usted admitir mi entusiasta felicitación por su hermoso Perfil del día «Pópulo bárbaro»? Y si esa idea de que los toreros lidien a los cobardes de las almohadillas, botellas y otros proyectiles, se lleva a cabo, aunque hace siete años que me quitó de esas cosas, no tendría inconveniente en cargarme siquiera uno, aunque fuese de los más grandes y mejor provisto de defensas.

¿Quiere usted conmigo para esa corridilla? Créame su admirador y servidor muy afectuoso, que le estrecha la mano, LUIS MAZZANTINI.

Sábado 18 Mayo 1912.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

SOLEMNIDAD INAUGURAL

A la hora anunciada, cuatro de la tarde, y con asistencia de SS. MM. y AA., se inauguró ayer la Exposición Nacional de Pintura, Escultura y Arquitectura, instalada en el antiguo Palacio de Filipinas y en el Palacio de Cristal del Retiro.

Una compañía del batallón de cazadores de Llerena, con bandera y música, y un zaguane de Alabarderos, al mando del oficial Sr. Inigo, tributaron los honores a la Corte. Amenizaron el acto dos bandas militares: la del regimiento de León y la del batallón de cazadores de Las Navas.

Con absoluta puntualidad llegaron a la Exposición los reyes y los infantes.

El rey vestía de uniforme de capitán general, con la banda de la gran cruz roja del Mérito Militar.

Asistieron también la reina doña María Cristina, los infantes D. Carlos, D. Fernando y D. Alfonso de Orleans y las infantas doña Isabel y doña Beatriz y el príncipe D. Ramón de Borbón, y acompañaban a la Corte los señores marqueses de la Torre de Trujillo, conde de Aybar y Nardiz, marqueses de Aguilera de Campo, Zarco y de la Mesa de Asta, D. Luis Moreno y Gil de Borja y conde de Puenteblanca. Iban asimismo la duquesa de Fernán-Núñez, en funciones de camarera mayor de Palacio; la marquesa de la Comtessa, la condesa de Moreda, de guardia con la reina; la marquesa de la Mesa de Asta, de guardia con la reina doña María Cristina, y la señora de Bertrán de Lis.

Requieren a SS. MM. y AA. los ministros de Instrucción pública, Fomento y Estado, el gobernador civil de Madrid, Sr. Alonso Castriño; el alcalde, Sr. Ruiz Jiménez, el presidente de la Diputación, Sr. Diaz Agero; el jefe superior de Policía, el subsecretario de Instrucción pública, D. Natalio Rivas; el señor Herrero (D. J. J.), inspector general de Bellas Artes; D. Alejandro Saint-Aubin, comisario general de Exposiciones, y la mayoría de los individuos del Jurado, en cada una de sus Secciones de Pintura, Escultura y Arquitectura.

Los reyes é infantes pasaron al interior del Palacio de Cristal, y en un majestuoso estrado que adornaban ricas tapicerías y que se hallaba frente al ingreso ocuparon sus respectivos asientos.

Detrás de SS. MM. y AA. se colocó el alto séquito palatino, y a la izquierda el Cuerpo diplomático con los introductores de embajadores conde de Pie de Concha y D. Emilio Heredia, y acto seguido, adelantándose el ministro de Instrucción pública, Sr. Alba, y dirigiéndose a S. M. el rey, dijo:

«Señor: Vuestra presencia en este lugar representa, ante todo, un acto de alto interés para el país, tan amante siempre de todo lo que sean manifestaciones verdaderas de arte. La Exposición actual constituye un paso notable en el progreso del arte español, y así lo podrá V. M. comprobar por sí mismo dentro de breves instantes. Ahora bien: esto no es sólo una mera agrupación de mármoles y lienzo; es, más bien, el alma nacional, representada en ellos, por lo cual bien podríamos hoy decir con aquel poeta hispano, cuando admiraba una obra de Miguel Ángel en San Lorenzo, de Florencia: «Este no es una estatua; es algo vivo.»

El interés de V. M. por la vida de España

le indicará que su alma no está muerta, sino acaso dormida, y á vuestra voz bien puede despertar y caminar de vuestra mano hacia el progreso.»

Inmediatamente el ministro de Instrucción pública declaró abierta la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912, en nombre de su majestad el rey.

Los reyes é infantes, acompañados de los individuos del Jurado y de los ministros, recorrieron detenidamente la Exposición de Escultura y Arquitectura, deteniéndose ante los trabajos de Capuz, Huertas y otros, entre los de Escultura, y ante los de Anasagasti, entre los de Arquitectura.

Desde el Palacio de Cristal, ó sea la Estufa, se trasladó la Corte al antiguo Palacio de Filipinas, donde está expuesta la Pintura. Recorrieron las personas reales las salas, deteniéndose ante la instalación del maestro Pínavo, el gran patriarca de la escuela valenciana; ante el interesantísimo cuadro de Salaverría, que representa «La procesión del Corpus en Lezo»; que fué muy elogiado; en la sala de los pintores portugueses detuvieron ante los retratos de Carlos Reis y la marina de Martínez Abades, y en la sala de los catalanes ante los cuadros de Rusiñol y los retratos de Gualfred Oller. En el fondo de esta sala contemplaron las obras de López Mezquita y la variada instalación de Moreno Carbonero, en la que figura el interesante episodio de la vida de Sancho, como gobernador de la Baramita.

Acompañaban á la Corte los embajadores de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia y Austria-Hungría, casi todos los ministros plenipotenciarios y muchos secretarios y agregados.

De señoras asistieron: la esposa del ministro de Portugal, señora de Relvas; la señora de Canalejas y la señora de Gómez.

Cerca de las cuatro y media abandonaron los reyes é infantes la Exposición, y se permitió la entrada al público.

LA EXPOSICION

(Continuación de la sala segunda)

Romero de Torres

Julio Romero de Torres continúa acentuando su personalidad artística por la exaltación creciente de su idealismo. Los cuadros que presenta ahora, sobre todo los que titula «Coronación de la musa de Andalucía» y «Las dos sendas», tienen de más idealistas sobre las de la Exposición pasada, cuanto tienen de menos coloristas que aquéllas. O lo que es lo mismo: á medida que en este pintor se aína, se perfecciona en su sistema y equilibra su potencia ideal, va perdiendo realismo su sensación de la materia. Las caras de sus figuras son ahora más pálidas y exangües, los cuernos más alargados y marfilinos, el color de las vestiduras más apagado, el ambiente y el paisaje más de íntima visión, sin que pueda negarse que esa visión íntima, aunque nos ofrezca la vida andaluza transportada á una región de ensueño, y no digo de pesadilla, porque en los cuadros de Romero de Torres falta en absoluto la turbulencia y el desorden de la pesadilla; aunque nos presente una Andalucía sin luz, sin dinamismo, sin colores, nos ofrece, en cierto modo, el alma de Andalucía, no nos engaña en cuanto á su espíritu; porque, en efecto, en esos cuadros monótonos, en los que parece que se amalgaman la flacidez, la enervación espiritual de las regiones meridionales con el querer delirante que de esa enervación surge como de imprevisto, á modo de descarga eléctrica, está vivo y potente, con la potencia de los perfumes intensos, lo más íntimo del alma de Córdoba. Se dirá que este idealismo de Romero de Torres es literario. No lo es, primero porque el idealismo es cosa privativa de los temperamentos idealistas, que existen en las diversas artes, y segundo, porque expresa con medios pictóricos, pues por monótona que sea su pintura, y tiene que serlo mucho más, porque Romero, que siente sutilísimamente el claro-oscuro, y esto le basta para una cierta y poderosa representación de los objetos y del ambiente, no siente el color. Para mí, la pintura como ideal, como procedimiento, como técnica, está en esa cabezota de la instalación del maestro Pínavo. La cabezota de un hombre del pueblo que mira de frente; cabezota tan llena de voluntad, de querencia, de fuerza y tan sensual, tan feramente pintada, que se siente el respaldio de sus narices, y al tratar de alargar la mano al hombre cuya es tan franca fisonomía, porque á ese sujeto tan vivo, tan real, no se le pueden negar los cinco, se tiembla por los propios dedos, que corren el peligro de convertirse en papilla entre la mano de forjador del tío; ejemplo humano de tan positivistamente enjundia realista, que parece imposible pertenecer a la misma especie que Romero de Torres, productor de tan alquitaraadas ensordecidas pictóricas.

Digo estas cosas para demostrar que yo hago un verdadero esfuerzo, con el fin de reconocer los meritorios caracteres de la personalidad artística de Romero de Torres, fuera con el que persigo el supremo de la justicia. Yo respeto profundamente á los jurados como tales, respecto á la gran masa de opinión adversa al arte de Romero de Torres; pero tiroteo de verdades como si tirara de un trabajo naranjero con que pudiese apuntar á los irreconciliables enemigos de esa pintura, y acompañarme con ellos, les digo: Romero de Torres es él, es único, ni siquiera puede formar escuela; es un idealista exaltadísimo. En arte el que tiene una nota nueva es un principio. ¿Queréis castigar á Romero negándole su recompensa, precisamente porque trae su nota,

por lo que constituye su mérito insignie? ¿Qué estímulo ofreceréis entonces á los que puedan venir quizá con notas más extrañas que las de Romero? ¿Qué garantías ofreceréis á los jóvenes necesitados de esa anárquica libertad del arte, para ofrecer lo propio y personalísimo, si por raro, por heterodoxo, porque no pinta como es uso, porque aun pintando mal, si queréis, da en sus cuadros un idealismo «sui generis», que ni en literatura ni en música habrá seguramente alcanzado expresión idéntica? No, recibamos con los brazos abiertos y con palmas á todo el que de las regiones infinitas é ignotas de la belleza nos traiga una chispa de su gloriosa luz. Si recompensáis á Romero de Torres, tal vez, tal vez, lo imitéis (atendiendo sus enseñanzas). Si le negáis la recompensa, lo faltaréis, faltaréis con su bando, le daréis proselitismo, y en mi opinión, cometeréis una injusticia.

Cortés

Es un caso raro de interesante atavismo la obra de Javier Cortés que se titula «Dez votos». Es una pintura de retablos, de los venerables retablos de esos venerables templos esparcidos por todos los rincones de la Península; templos que á los artistas nos interesa conservar para esto: para que sirvan de escuela práctica de arte. El obispo, con sus ornamentos, parece recordado á una buena tibia antigua; el cura, arrodillado, es una excelente pintura; también es buena pintura la de la cara de la monja, y puesto que casi nunca han de poder educarse modernamente los pintores como se educaron Velázquez, Zurbarán, Murillo, en el estudio directo de la Naturaleza, puesto que parece indispensable que empielen imitando, más vale que imiten esa pintura antigua, sana, robusta y fuerte de nuestros templos que la vergonzosa pintura moderna que suele cautivar á los principiantes. El obispo y el sacerdote arrodillado del lienzo de Cortés son de los poquísimos trozos de buena, de castiza pintura de la Exposición.

Alvarez Sotomayor

Alvarez Sotomayor tiene dos figuras, que titula «Paisanos gallegos», y un buen retrato; un retrato lleno de espiritualidad. El retrato del pintor Helsey.

Venger tiene en el mismo lienzo dos retratos de gran parecido y de mucho carácter, hechos á una encendida luz crepuscular: su auto-retrato y el retrato de su hijo. «El camino de las cruces» se titula otro lienzo, en el que dos viejas recorren trabajosamente los últimos pasos de su postrera jornada.

SALA TERCERA

El primer lienzo de esta sala al entrar, mano izquierda, representa una gitana, obra de Diego León García. Está muy bien pintada. A continuación tiene Uruñola «Retrato de un escultor», muy parecido y de mucho carácter. En otra sala tiene Uruñola un bello retrato de mujer con mantilla. La pintura del retrato del escultor es sólida, firme; una buena prueba de pintor.

Julio Moisés es, á lo que creo, un principiante; por lo menos, como autor de obras dignas de ser señaladas al público. Tiene dos: «La procesión» y «El santero». Son tan buenos principios estos de Julio Moisés, que me recuerdan los mencionados arriba de los grandes maestros españoles. Los dos cuadros de Moisés son estudios, hasta candorosos, del natural. Ni la composición ni los tipos recuerdan en nada esa producción extraña, afectadísima en todo, que los habiecas de nuestros principiantes suelen copiar de las revistas extranjeras cuando no viajan y entonces la copian directamente. Las obras de este artista tienen el sabor del término andaluz y toda la encantadora sencillez del pueblo con sus arcaísmos, nada afectados, y con su poesía.

«Del Santero» se titula el lienzo de Bermejo. Inclínese este pintor, durante su estancia en Roma, hacia las visiones y hacia los procedimientos propios del arte decorativo. El sujeto nativo es el arte inspirado en la realidad, rectamente naturalista. Vuelto á España, ha demostrado conocer el sentido de la decoración, aunque sus obras decorativas no alcanzaron la madurez indispensable para obtener el franco aplauso del público. Ahora, con el cuadro que presenta, vuelve á su arte primitivo. Este cuadro es una página de la vida de Madrid, y en él ha puesto Bermejo todas sus cualidades de compositor y de colorista.

Andrade presenta dos paisajes de Toledo. Uno, de las inmediaciones de la Puerta de Bisagra, con lejanías de la vega, muy justo; y otro, del curso del Tajo entre las gargantas que rodean á la ciudad.

Cerca de estos lienzo ha un retrato de señora, de Godoy.

De Manuel Angel hay en esta sala un retrato de señora, muy bien entendido y pintado, sobre fondo de Parque en día invernal, y también he visto de Angel otro retrato de caballero. De Gil Bergosa hay varios asuntos del valle de Arón.

Enrique Martínez Cubells

Cuatro ó cinco lienzo con asuntos que, en general, pueden titularse «Pescadores del Cantábrico», presenta Enrique Martínez Cubells, cuya paleta propiamente á la frialdad, cuya luz sistemáticamente plateada, cuyos grises cárdenos y cuyas manchas llenas de alarde y aspereza, han sido, á mi ver, causa del relativo alejamiento del público ante su labor. Hay las notas enumeradas, notas extrañas y con frecuencia estridentes, han llegado á un acorde grato, sin que su pintura pierda la rareza, que antes la hacía algo repulsiva, y que hoy, cuando el artista ha encontrado su fórmula adecuada, constituye su principal atractivo. En adelante el público gozará de los cuadros de Enrique Martínez Cubells y es por

sible que su pintura cárdena se sustituya y perfección tanto que constituya pronto una de las más caras notas del arte español.

Al lado de estos cuadros hay uno de Caviades, de gran amplitud de pincelada.

«El rapsodo y el gallo» se titula un cuadro de Adela Ginés. En su ejecución y en su color resaltan la viveza y la energía que distinguen á las obras de esta artista.

Luis Bertodano tiene varios paisajes de Asturias, de Vizcaya, de Extremadura y de Andalucía, llenos de distinción. Julia Alcaide un cuadro de flores y frutas, de gran riqueza de color.

Muñoz Rubio presenta un felicísimo retrato del insignie artista Tomás Martín. Muñoz Rubio es un pintor estudioso, castizo, que labra sus obras á conciencia, que las modela recreándose en vencer los obstáculos que otros soslayan con astucia. Muchas veces he visto en las Exposiciones obras de Muñoz Rubio en otro planeta al que no hubieran llegado las modificaciones de los artistas hechas en el interior. Generalmente admira en las referidas obras de Muñoz Rubio la justicia; mas en este retrato de Tomás Martín, con que ahora concurre á la Exposición, hay mucho más que justicia; hay parecido grandísimo y hay espíritu, alma: el alma del retratado; por eso dije que es felicísimo este retrato. También presenta Muñoz Rubio, en la sala precedente, un interesante cuadro que representa á dos lavanderas sentadas en el suelo. Es muy luminoso y atrae por su delicada sencillez.

De Mariano Féliz hay un interesante paisaje de Kirchberg.

Vivar tiene dos paisajes notables. El que vi mejor y cuya inscripción puede leer, por lo que se que se titula «Día de borrasca», representa una dilatada región montañosa, tal vez en el Pirineo catalán, región contemplada desde una eminentísima altura, por lo que tiene algo de parecido con el oleaje de colosal tempestad. Sobre ese oleaje pétreo, que abarca extensión enorme, bate la borrasca, que castiga á un pobre pastor y á su ganado, en los primeros términos. Es una sensación de desmesurada grandeza la que da este paisaje. Es, además, como asunto de paisaje verdaderamente sorprendente, porque se sale de lo ordinario en lo del punto de vista que resulta de agüila.

Gómez Alarcón

La sensación de un amplio y delicado paisaje, sensación perturbada, acribilada por minucias necesarias de esas en que á veces se obstinan los pintores, creyendo con ellas confinar, pulir y afinar su obra amadísima, es lo que el espectador percibe ante el paisaje de Gómez Alarcón titulado «Mañana de Abril». Los detalles inútiles, los que se ven, mirando uno por uno los objetos; los mismos detalles que no existen para la mirada de pintor, amplia y de conjunto; esos detalles innecesarios, devoran, picotean la sensación de la mañana de Abril que, efectivamente, puso el artista en la tela; pero que luego acabó por desvanecer con su desdichada insistencia.

García Martínez

Tiene varios paisajes, muy descriptivos, pero en cuyas descripciones se percibe el amoroso deseo con que el artista ha ido consiguiendo en el lienzo las bellezas del natural, en formas, luces y colores. García Martínez es arquitecto, y para mí resulta más meritoria su exquisita sensibilidad de pintor, por lo que ha de influir en las arquitecturas que planea.

Hernández Najera

Entre varios cuadros que presenta Hernández Najera sobresale una grandiosa vivencia de las rojas montañas granadinas, abarcada como antes dije al tratar del paisaje de Vivar, desde altura eminentísima. Este paisaje de Hernández Najera es típico de las regiones meridionales. Luminoso, de un cielo casi arrebolado por el incendiario de la luz y de una sutileza de ambiente que comunica ligereza y como sutiles palpitaciones hasta á las masas montañosas.

Hay cuadros de la señora Feroal de Ferrari; un paisaje de Juan Espina, que representa «El Gurgu»; un cuadro de Alberti, que se titula «En el jambruno»; grupo de mozas en los caballos del «Día Vivo», de las que se destaca bien pintada una, en primer término; un cuadro de Ibaseta, y un tríptico de Nogué, con vistas de Roma.

Cabello Izarra tiene un cuadro que titula «Matando el tiempo». Jugadores de ajedrez, uno de los cuales es una autoridad universitaria bastante bien retratado y caracterizado.

Morera

El maestro Morera presenta tres bellísimos paisajes.

Llorens

Llorens tiene en esta sala un paisaje marino. Es una playa vista desde el mar, playa que tiene por fondo un encantado, cuya mole colosal y cuyos asperismos accidentales constan de modo extraño con las leves y tercas ondas que dejan transparentar la parduzca arena. Tiene algo de somnisa en el rostro de una flaca, aquélla infanta dulzura con que se riza el agua, los reflejos de la luz en la espuma y en los reflejos del terrible cantil; sobre todo, cuando se considera el fragoroso estrepido con que remoran las aguas contra los cantiles en las grandes olas del mar. Es muy bello este cuadro de Llorens.

Francisco Alcántara

BOMBITA Y PASTOR

Los dos amados toreros pasaron ayer día tranquilos y sin grandes molestias. Las lesiones que sufrieron en la corrida del viernes tienen, por fortuna, menos importancia de la que en un principio se creyó.

Bombita fué curado por la mañana. Los médicos examinaron detenidamente la pierna lesionada y la acondicionaron á fin de que permanezca en tensión, impidiendo la natural tendencia de los músculos á encojerse.

Creon los facultativos que la curación será larga; pero no tanto como la de la lesión análoga que el año anterior sufrió el gran torero, porque ahora se ha estado prontamente con remedios energicos.

Vicente Pastor continúa en estado relativamente satisfactorio. Su médico le vendó ayer de nuevo la pierna en que recibió el varazo, ajustando fuertemente el vendaje y recomendándole la aplicación de fomentos de sublimado.

Ambos espadas recibieron durante todo el día muchas visitas y gran número de telegramas de amigos y admiradores que se interesan por su estado.

En muchos de los que ha recibido el diestro de Tomares se protesta de la inculcable actitud de algunos espectadores cuando aqué fué conducido á la enfermería.

CARRERAS DE CABALLO

Hoy domingo, tercer día de carreras, promete estar el Hipódromo tan animado como los días anteriores.

Las carreras que se verificarán, son: Primera carrera.—«De venta».—A las cuatro y media.

Premio de la Gran Peña. 1.000 pesetas. Segunda carrera.—«Bardicay».—de crizas.—A las cinco.

Premio: 1.000 pesetas. Tercera carrera.—«Gran premio de Madrid».—A las cinco y media.

Premio de S. M. el rey: 5.000 pesetas. Cuarta carrera.—«Militar, vallas».—A las seis.

Premio: 5.000 pesetas; y Quinta carrera.—«Militar, vallas».—A las seis y media.

Premio: 500 pesetas.

Los sucesivos días de carreras ingresarán también mucha curiosa curiosidad entre los aficionados.

De Burdeos llegarán caballos dentro de pocos días.

El día 26 se presentarán en el Hipódromo 16 patrullas de caballería, cuatro de cada uno de los regimientos que manda S. A. R. el infante D. Carlos. Estas patrullas, que desde el día 29 al 26 han de hacer una marcha, de 180 kilómetros, harán el domingo 26 unos recorridos con obstáculos en el Hipódromo.

MONUMENTO A SAAVEDRA

La Comisión encargada de erigir un monumento al gran poligráfico D. Eduardo Saavedra y Moragas, cuya pérdida lamentan los cultivadores de las ciencias y las letras españolas, ha dirigido una circular á diversas entidades y particulares, rogándoles contribuyan con su óbolo á la mencionada obra, con lo cual se demostrará que no faltan en España elementos dispuestos á honrar la memoria de quienes han dedicado toda su vida al empujamiento de la nación por medio de investigaciones científicas, por sus talentos evidenciados en el libro y en las Academias.

En el vastísimo campo de las ciencias y las letras nadie ha superado durante el pasado siglo al insignie varón que perteneció á tres Reales Academias y que, por su sabiduría y virtudes, era querido y respetado de todo el mundo.

Se ruega, pues, á los que fueron amigos, relacionados ó discípulos del finado, y á cuantos deseen contribuir á la suscripción abierta al expreso objeto, se dignen depositar su oferta en la Casa de banca de los Sres. García Calamarte y Compañía, calle del Marqués de Cubas, núm. 5.

EL TIEMPO

En Argelia y la Península ibérica se encuentran un área de presiones débiles, por cuya causa el tiempo es favorable para que se formen tormentas locales, que ya han empezado á descargar, aunque generalmente con poca intensidad, pues sólo en Zamora y Salamanca se recogieron 4 y 5 milímetros de lluvia, respectivamente.

El viento sopla con poca fuerza de dirección variable.

La temperatura máxima de ayer fué de 34 grados en Sevilla y la mínima de 4, grados en Pamplona.

Temperaturas extremas en Europa: Máxima de 26 grados en Lisboa y mínima de 2,7 grados en Clermont (Francia).

Madrid.—Máxima á la sombra, 26,2 grados, y mínima ídem, 12,1 grados.—Cielo cubierto.—Grado medio de humedad atmosférica, 57 por 100.—Barómetro, 705,7 milímetros.

Pronóstico.—Vientos flojos ó moderados de dirección variable y tiempo algo lluvioso y tormentoso.

Nota.—A las seis de la mañana de ayer descargó fuerte tormenta, con aguacero, en Avila.

En Cáceres, de diez á once de la noche de ayer, tormenta con muchos truenos débiles y granizo.

(Folleto 37)

LA DAMA DE MEDIA NOCHE

FOR RENATO VINCOY

—Yo me encargo de él—añadió en cierta ocasión un antiguo y laureado artista, Benoit, que desde hacía algunos años vivía retirado en Avranches.

—No temas, mamá—exclamó Mauricio al advertir una sombra de tristeza en el rostro de su madre;—no temas... No pienso separarme de ti todavía... Aun tengo mucho que aprender del señor Benoit.

Además—añadió,—como no quiero serle gravoso, al mismo tiempo que prosigo mis estudios y hago mis ensayos, daré lecciones de dibujo y de pintura... Y el día en que me decida á ir á París para intentar la gloria y la fortuna, será porque cuento con medios de vivir allí sin que tengas que desembolsar un céntimo.

Aquellas palabras juveniles y entusiastas revelaban claramente el carácter de Mauricio.

En efecto, María Desgranges no tuvo que arrepentirse de haber dejado libre el campo á los deseos de su hijo.

Tan pronto conoció la decisión de Mauricio, la condesa Violantes—que acababa de perder á su marido, víctima de una enfermedad del hígado—á la viuda, no sin cierto aire protector:

—Mi querida amiga; yo desearía que la primera discípula de Mauricio fuese mi sobrina. Diga, como compañera de infancia. Cuando la sociedad de Avranches y de los alrededores supo que el joven Desgranges había sido tomado bajo la protección de la condesa, todas las señoras se lo disputaron para maestro de sus hijos.

De este modo, pronto tuvo Mauricio más trabajo del que hubiera querido...

«En compensación, ese excesivo trabajo estaba mal remunerado... En las provincias, como en las grandes capitales, el talento no consagrado suele ser despiadadamente explotado...»

Sin embargo, Mauricio se sentía rodeado de la consideración general, en parte porque se le estimaba como á un verdadero artista, y sobre todo porque su origen no era genuinamente plebeyo.

La existencia había, por tanto, comenzado á transcurrir uniforme y tranquila para María como á abafarla.

Cierta noche, al regresar de un baile, Aline comenzó á toser. Veinticuatro horas después hallábase recluida en el lecho con una fuerte fiebre.

—Flujón de pecho...—diagnosticó el doctor Morel, que era el médico más afamado de la ciudad.—El caso es grave... Aline salvó del peligro; pero quedó resentida para siempre y no tardó en presentarse una bronquitis.

Más tarde otras perturbaciones vinieron á agravar el precario estado de su salud... una dilatación de estómago... frecuentes accesos febriles... palpitaciones cardiacas... sudores nocturnos... to secas... fosforúria... y por último, una rápida consumción, acompañada de sangre en los esputos.

En vano trató el doctor Morel de combatir aquellos graves síntomas, que hacían asomar á sus labios esta sentencia inapelable: «La tuberculosis.»

No obstante, en el mes de Septiembre había declarado á María Desgranges, cada vez más acongojada en presencia de tan alarmantes signos:

—No hay que perder la esperanza. Aline es joven; su complejión, buena... Pero es preciso evitar que pase aquí el invierno. Léveala usted á Suiza. Yo le daré á usted una carta para un médico amigo mío que dirige

el Sanatorio de Reinefeld... Puede usted marcharse ahora y regresar en Mayo.

En efecto, María Desgranges y Aline partieron, dejando solo en Avranches á Mauricio, retenido allí por sus estudios y sus lecciones.

Pero en el mes de Enero estaban ya de vuelta. Aline declaró, que no podía vivir lejos de su hermano ni de su amiga queridísima Olga de Sommediette. Además, aseguraba que estaba ya curada y que nunca se había sentido mejor.

Y así lo parecía, efectivamente... «Yo no tosía... los sudores nocturnos habían desaparecido y no había vuelto á escupir sangre... Su mirada era clara y brillante, su boca estaba sonrosada y todo, en fin, de notaba en ella la salud y la alegría.»

Al verla Mauricio exclamó: «¡Qué susto nos diste, hermanita mía!... Pero esto ya es otra cosa... Ahora respiro tranquilo...»

Únicamente el doctor Morel había frunció el ceño. Aquella curación tan rápida no le hacía augurar nada bueno.

Como medida de precaución, exigió que el tratamiento impuesto en el Sanatorio fuese rigurosamente observado en Avranches.

En un principio todo marchó bien. Luego produjéronse de nuevo ligeras perturbaciones... Aline perdió su buen color, su alegría y su apariencia de salud... Y cuando el doctor Morel ordenó que fuese á pasar en Córcega el resto del invierno, Aline, aprovechando un momento en que nadie veía que él podía oírle, le dijo con acento dulce, pero enérgico:

—No insistas, usted, querido amigo... Sé que estoy condenada... Y ya que he de morir sin remedio, prefiero morirte aquí, rodeada de las personas queridas... El médico inclinó la cabeza y guardó silencio.

En aquella precisa el estado de Aline se mantuvo estacionario durante algún tiempo. Luego inició una mejoría, que había ido acentuándose cada vez más.

Por esta causa, María Desgranges se había alejado tanto al ver de nuevo á Aline tan pálida aquella mañana en que se aproximó á su lecho...

«¡Y, sobre todo... ¡ah, sobre todo...!—había llenado de consternación al observar en su hijo aquellos dos terribles síntomas: la hemoptisis y el sudor...»

Después de haber perdido á su esposo de modo tan trágico... ¿estaría destinada á ver morir á su hija Aline... aquel tesoro querido de su alma?

Aline continuaba mirando, sin ver; á través de los cristales del balcón, el espíritu sumido en desoladoras reflexiones, cuando llegaron á su oído estas palabras, pronunciadas con una voz algo velada, pero de un timbre musical:

—Mamá, ¿qué... ¿me piensas despertar hoy?... ¡Y mi fricción, mamá?...» María Desgranges enjugó rápidamente sus lágrimas y fué corriendo á enlazar á su hija entre sus brazos. Luego, entre sollozos, que no era dueña de contener, murmuró:

—«Ya estás despierta?... ¿Has dormido mal...? ¿Amor mío?... ¡Oh, sí!... no me lo niegues...!—le, hija mía?...»

Un ligero estremecimiento recorrió á la enferma.

«¿Dices que lo has visto?...—contestó.—Pues bien, sí, he tosido un poco... Pero no me duele nada... te lo aseguro.»

Y son